
Conclusión general

H. Martín-Alvarado

 <https://orcid.org/0000-0001-6820-6476>

Diana Triana-Moreno

 <https://orcid.org/0000-0001-6740-4171>

COORDINADORES

DOI: <https://doi.org/10.29097/9789585303072.Cnl.3>

Los autores de este libro intentaron abordar un conjunto de preguntas que les formularon de forma abierta, antes de la redacción de cada capítulo. Estas se plantearon en los siguientes términos: de ahora en adelante, ¿nuestros gobiernos y sus políticas serán más justos —o menos— en el actual escenario histórico mundial y local? ¿Las innovaciones tecnológicas seguirán subordinadas a la producción de bienes y servicios o podrán ser reorientadas hacia la sostenibilidad ecológica? En caso de ser necesarios cambios radicales de enfoque en los campos político y tecnológico para afrontar la creciente crisis ambiental y social, ¿podemos afirmar, entonces, la irrupción de una fase poscapitalista o una reducción del interés general habitualmente por los factores económicos? En última instancia, ¿cuál es el modelo de sociedad en formación para las décadas siguientes en el siglo XXI? Si esto es así, ¿se requiere un nuevo tipo de formación educativa para que los ciudadanos del futuro puedan enfrentar un mundo cambiante y sean capaces de resolver problemas cuya gravedad y repercusiones aún no son del todo conocidas? Cada uno de los investigadores que escribieron en este libro intentó abordar inquietudes afines o formular otras a partir de sus intereses particulares, con la idea de unir esfuerzos para intentar dilucidar las cuestiones planteadas, según la dinámica objetiva propia de la discusión académica.

De ahí que las propuestas reunidas en este libro se desarrollen en un nivel estrictamente teórico, o bien tengan como apoyo conocimientos técnicos aplicados o bien hagan estudios de caso representativos de las problemáticas generales. De este modo, algunos trabajos buscaron ofrecer reflexiones sobre los temas socioambientales y avizorar las causas de la alteración del ambiente, la destrucción de la vida y el estado de las fuentes de agua en nuestro planeta. Otros trabajos se propusieron describir innovaciones tecnológicas y ofrecer alternativas a la contaminación desde las ciencias básicas y las ingenierías. Por último, se presentaron estudios sobre temas particulares que permiten ilustrar las conexiones —no siempre reconocibles— entre los aspectos sociales y los efectos colaterales en la ecología social y natural, tales como la criminalidad, el desempleo y la formación profesional.

Ahora bien, a partir de las múltiples aproximaciones ofrecidas por cada autor, es posible esbozar una serie de consecuencias de la situación actual, estrechamente relacionadas con el tema del cambio climático, los conflictos socioambientales de impacto local y global, vinculados directa e indirectamente con el desarrollo sostenible.

Ante todo, puede afirmarse que el maridaje entre capitalismo y democracia ha llegado a su fin. El sistema político y económico que se consolidó en Occidente en los años que van desde la última guerra mundial y su carrera de ascenso definitiva, tras la caída del socialismo en los países de Europa del este —en un lapso aproximado de más de 50 años—, ya no es la forma que justifica, de modo retórico, la adopción de las economías de mercado, enfocadas en la explotación de recursos, la acumulación y el consumo de bienes y servicios. Para decirlo con mayor claridad, si actualmente los teóricos de la política, analistas y filósofos hablan del fin de la democracia o sobre su inminente colapso, es porque la representación política que valida el gobierno ejercido por la forma burocrática del Estado moderno ya no es un dispositivo funcional al capitalismo financiero contemporáneo. Sin embargo, la estructura de la sociedad organizada en la mayoría de países sigue, en sus modos de gobierno, el patrón antropocentrista que divide el mundo entre naturaleza y cultura, en la medida en que ve en la primera una fuente de valor agregado convertible en capital, aparte de servir exclusivamente a los fines humanos, sin importar su actual y progresivo deterioro. En la ejecución

de esta tarea aún se requiere el aparato estatal para acceder a las concesiones de explotación de recursos en los territorios, con el único propósito de seguir las formas protocolarias y los acuerdos internacionales. Pero más allá de ello, lo que está en juego en nuestros días es la relación entre capital, Estado y naturaleza.

Desde que la filosofía aristotélica estableció que el “hombre es por naturaleza un animal político” (Arist. *Pol.* I, 1253a 3), toda la tradición posterior ha concebido el gobierno como algo centrado en la comunidad de hombres que somete colectiva e individualmente su ser orgánico o su espontaneidad como seres vivientes a una serie de relaciones que, a lo largo de la historia humana, casi siempre son de desigualdad y promueven relaciones asimétricas entre sus miembros, en favor del mantenimiento del mundo social organizado. Por otra parte, dentro de esa misma tradición política, la naturaleza es así reducida a paisaje de campo o espacio inagotable de explotación de recursos, y asimismo tratada como fuente de energía en el consumo y la domesticación de animales y plantas. Diversos investigadores han planteado o intentado elucidar los términos de este problema como uno de los retos que ha de asumir la tradición occidental, ante el gran desastre socioambiental de nuestros días, esto es, de cara a un futuro que parece sombrío. Esto no solo en respuesta a las complejas crisis sociales de escala global, sino también frente a las consecuencias derivadas de la propia crisis ecológica que nos obligará, querámoslo o no, a buscar nuevas formas de gobierno y acción política, en procura de la conservación de los ecosistemas del planeta, de acuerdo con los soportes del conocimiento científico.

Es por ello por lo que las propuestas hechas en educación con vistas a la resolución de problemas en un mundo cambiante son bienvenidas, a condición de que el diseño de currículos en estas propuestas tenga una perspectiva global y también sus creadores se sirvan de todas las herramientas proporcionadas por las nuevas tecnologías. Lo anterior es clave a la hora de orientar la construcción de conocimientos multidisciplinarios con base en la dinámica de los lenguajes de aprendizaje y las competencias adecuadas para generar soluciones en escenarios inciertos donde más que nunca es preciso ejercer una ciudadanía planetaria. Esta debe estar centrada en la naturaleza, la protección del ambiente y el florecimiento de los seres vivos de cuya sobrevivencia dependemos más de lo que solemos creer.